

docilidad; y por otra parte sentíase muy poco inclinado á dar su opinión á un jefe que no le invitaba á la confianza; así es que, en parte por pasividad y en parte por timidez, expidió, sin hacer ninguna observación y sobre todo ninguna variación, las órdenes que había recibido el encargo de transmitir (1).

A pesar de estas intermitencias, el 14 de agosto había de ser, según todas las apariencias, el día en que el ejército abandonaría Metz. Una orden del cuartel general había designado la división Laveaucoupet, del 2.º cuerpo, para guarnecer la plaza, debiendo constituir el núcleo en torno del cual se agruparan los 4.ºs batallones, los depósitos, la guardia móvil y la guardia sedentaria. Todas las noticias revelaban los progresos de los alemanes: éstos acababan de entrar en Nancy, infestaban con sus exploradores todo el valle del Mosela y habían cortado el ferrocarril de Frouard, de tal manera que, á consecuencia de esta interrupción, el cuerpo de Canrobert, en parte llegado ya y en parte aún en camino, había de verse privado de muchos de sus efectivos y de casi todo su material. Estos indicios demostraban la urgencia de la retirada: no había momento que perder si no se quería ser víctima de una sorpresa. La orden del comandante en jefe mandaba que las tropas estuviesen dispuestas á las cinco de la mañana. Los ingenieros no habían terminado aún las reparaciones de los puentes, y á medida que la mañana avanzaba veíanse llegar por todas partes los furgones, los carros del tren, los vehículos auxiliares, en tan gran número que era imposible contarlos. Los más perspicaces calcularon entonces con estupor las dificultades y las lentitudes del desfile de toda aquella impedimenta por las tortuosas calles de la ciudad, por los puentes, por las puertas, por la carretera de Verdún; pero los ojos, algo turbados por aquel principio de confusión, se reposaban confiados en el ejército. Pocas veces se había visto otro más soberbio, más valiente: descontados los efectivos dejados en Metz, componíase de unos 160.000 hombres, y las derrotas, achacadas á las circunstancias ó á la mala suerte, más que provocar el desaliento agujoneaban en aquellas tropas el deseo del desquite. Sólo una cosa turbaba á aquellos valientes soldados y era que en vez de llevarlos delante del enemigo los hicieran regresar á Francia: aquella retirada, que, después de todo, era el partido más prudente, les parecía incomprendible; habían recogido y conservado las viejas tradiciones de la ofensiva francesa, y habiendo escuchado de labios de sus antecesores los relatos de Malakoff y de Solferino, no se explicaban una marcha en la cual la ambición suprema había de ser retirarse en seguridad.

A eso de mediodía los puentes quedaron terminados. Mientras todo se disponía para el paso del ejército, los habitantes de Metz fueron testigos de otro espectáculo: en la plaza de la Prefectura se juntaron un escuadrón de los guías, los *Cien Guardias*, y los carruajes con la librea imperial, lo cual era anuncio de que partía el soberano. Al enterarse de esto, los transeúntes se agruparon sombríos, curiosamente asombrados y silenciosos no como señal de censura, sino por exceso de sorpresa y de abatimiento. En presencia de tan grandes infortu-

(1) *Souvenirs du general Jarras*, págs. 83-84. - *Instructions du maréchal Bazaine* (*Revue d'histoire*, marzo de 1903, páginas 631-632).

nios algunos adversarios sentían desvanecerse sus prevenciones á impulsos de la piedad; y el respetable obispo de Metz, testigo de aquellos crueles dolores, decía á los sacerdotes sus familiares: «Viendo al emperador tan desgraciado, pareceme que me vuelvo bonapartista (2).» A cosa de la una, Napoleón, adelantándose al ejército, púsose en marcha saliendo por la puerta de Francia.

En esto, comenzaba el paso de las tropas: el primer cuerpo que se puso en movimiento fué el 2.º, que estaba distribuido entre Peltre, Magny y Mercy-les-Metz; faltábale la división Laveaucoupet, que se había quedado en Metz, pero, en cambio, estaba aumentado con la brigada Lepasset, que había sido segregada del 5.º cuerpo. Los bagajes y la artillería pasaron por los puentes de piedra; el resto pasó primero el Seille y después el Mosela utilizando los puentes provisionales; y cuando las tropas llegaron al único camino que desde Metz conduce á Gravelotte, hallábase este obstruido por toda clase de convoyes, originándose de aquí retardos y siendo preciso acampar á siete kilómetros al Oeste de la ciudad, en la aldea de Rozerieulles (3). El 6.º cuerpo, que venía después, fué el que encontró menos obstáculos, primero porque una de sus divisiones estaba ya en la orilla izquierda, luego porque el grueso de las columnas estaba situado muy cerca de los puntos de paso, y finalmente porque la rotura de las vías férreas había detenido en el camino de Chalóns á Metz los elementos más pesados, ó sea la reserva de artillería, varias baterías, el parque de ingenieros, la división de caballería, resultando en aquellos momentos alivio lo que muy pronto había de ser penuria (4). Por la noche la división Lafont de Villers había de llegar á Longeville y destacar algunos batallones hasta Sainte-Ruffine; el resto del cuerpo de ejército debía acampar en parte entre el Seille y el Mosela y en parte al Noroeste de la plaza, es decir, por la parte de Woippy. A las tres, la guardia, que se hallaba en Plantieres, comenzó á desfilar por la puerta de los Alemanes; y al mismo tiempo, en el otro extremo, el 4.º cuerpo, con las divisiones Cissey y Lorencez, descendió hacia la isla Chambière á fin de efectuar el paso aguas abajo de Metz. A las cuatro, en las alturas de la orilla derecha, es decir, al Oriente de la plaza, no había más que el 3.º cuerpo y la división Grenier del 4.º De pronto retumbó al Este el cañón; era el comienzo de la batalla de Borny.

VII

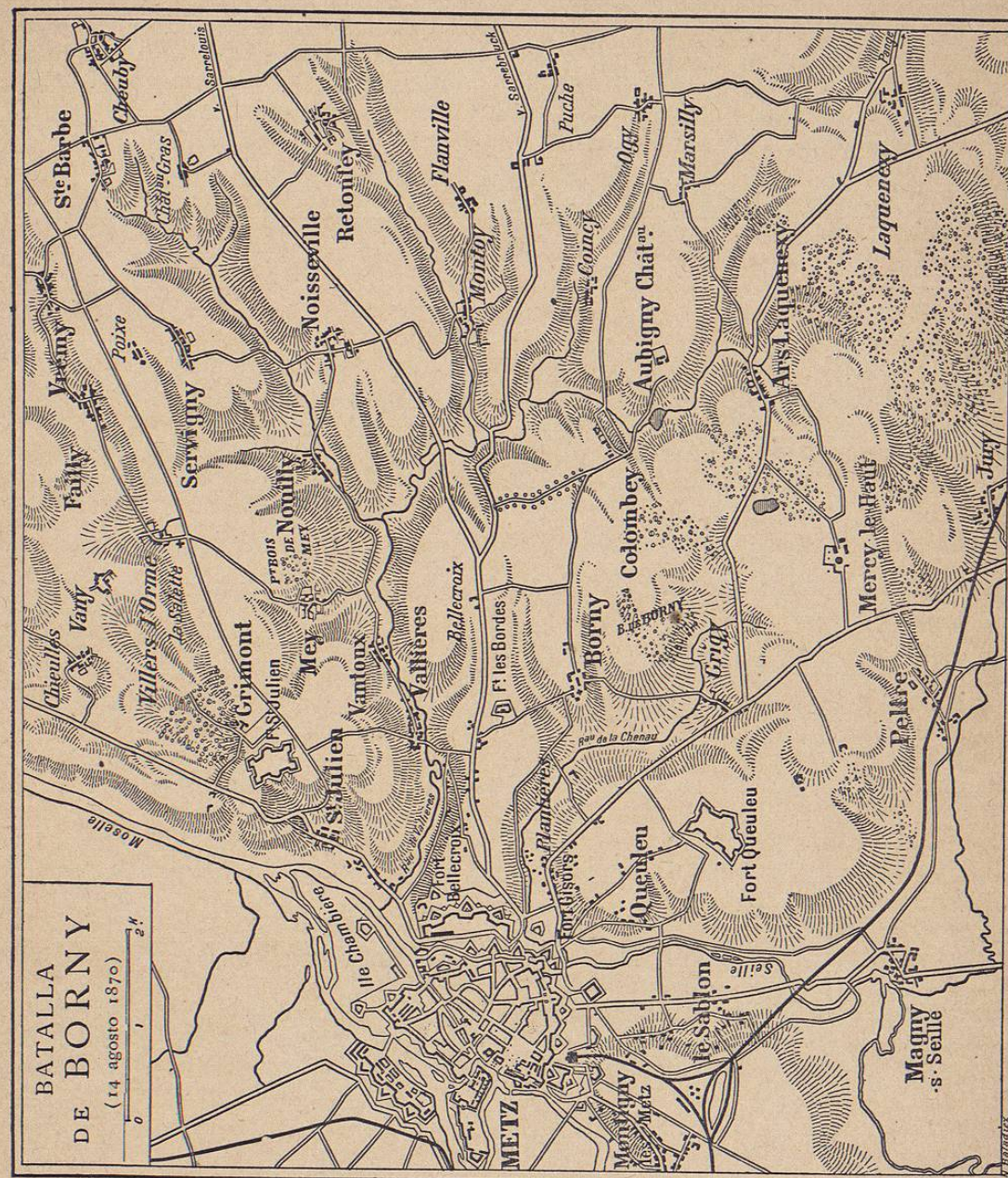
Las posiciones que se dispónían á abandonar los últimos cuerpos franceses formaban dos grandes mesetas denominadas de Borny la una y de Sainte-Barbe la otra (5), y separadas por varios barrancos que á cosa de una legua al Este de Metz se reunían en uno solo, el cual, dirigiéndose hacia el Oeste, descendía hasta el Mosela. En las alturas ó en las laderas había numero-

(2) *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el P. Klein, páginas 259-260.

(3) Frossard, *Rapport sur les opérations du 2.º corps*, páginas 76-80.

(4) *Procès Bazaine*, declaración de Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

(5) Véase el adjunto mapa.



sas aldeas, Grigy, Borny, Colombey, en el borde de uno de los torrentes, y después Montoy, lugares que ocupaba el 3.º cuerpo, que comenzaba á levantar sus vivaques. Más al Norte distinguíase Nouilly; luego, en una eminencia, Mey, ocupada todavía por la división Grenier, y finalmente Vantoux y Vallieres, situadas en el fondo del gran barranco. Esta región hallábase cruzada por varias carreteras, las de Sarrelouis y de Sarrebruck, que á la salida de Metz tenían un trozo común, y la de Pange. Los ribazos de las colinas sembrados de árboles y de talleres habían de ofrecer á nuestros adversarios preciosos abrigos que les permitieran avanzar hacia nuestros campamentos; pero, una vez llegasen á las alturas, la naturaleza del terreno llano y despejado había de detener su marcha, y en caso de que consiguieran adelantarse más, no habían de tardar en verse obligados á retroceder, puesto que se encontrarían muy pronto en la zona barrida por el fuego de los fuertes.

Mientras el príncipe Federico Carlos con el II.º ejército evolucionaba al Sudoeste hacia el Mosela, Steinmetz, con el I.º, aumentado recientemente por la llegada del I.º cuerpo, permanecía en sus acantonamientos á lo largo del Nied francés; y aunque tenía su cuartel general muy atrás, es decir, en Varize, por medio de sus avanzadas estaba en perpetuo contacto con el adversario. A las nueve ó á las diez de la mañana del día 14 de agosto, los informes de la caballería comenzaron á señalar la retirada; á eso del mediodía, escudriñando el horizonte desde la altura del castillo de Gras, creyóse observar que los franceses habían levantado sus campamentos de Borny; entre dos y tres, ya no fué posible la duda: el enemigo se retiraba hacia Metz (1). ¿Qué significaba aquel retroceso? A todo evento, el general de Manteuffel, comandante del I.º cuerpo, puso á sus tropas sobre las armas y esperó los acontecimientos. El general de Goltz, que mandaba la vanguardia del VII.º cuerpo, no se limitó á esperar, sino que, reproduciendo la iniciativa extraordinaria que la semana anterior había empeñado las batallas de Froeschwiller y de Forbach, resolvió perseguir á los franceses en su retirada y á las tres y media abandonó su vivaque y lanzó sus columnas al ataque de Colombey.

Entonces fué cuando se oyeron en Metz los primeros cañonazos. Los franceses, para evitar la batalla, no tenían que hacer más que continuar el movimiento previsto y dejar que los alemanes se estrellaran contra el fuego de los fuertes; pero en nuestro ejército reinaba cierto estado moral que había de hacer difícil esta conducta. Desde Wissemburgo, desde Froeschwiller, desde Forbach, los nuestros siempre retrocedían, y las órdenes de aquella mañana disponían que continuaran retrocediendo; y aunque el ejército obedecía, sentía ardientes deseos de un desquite. Sorprendido por el ataque, el 3.º cuerpo, que era el directamente amenazado, apercibióse á la lucha; en las puertas de Metz, Bourbaki mandó que la guardia se detuviera; y en cuanto á Ladmirault, que dirigía hacia los puentes de la isla Chambiere á las divisiones Cissey y Lorencez, fué el que se mostró más ardiente. Mandaba tropas ávidas de combatir y no debilitadas por ningún combate precedente

y había dejado atrás, del lado de Mey, la división Grenier; y al estampido del cañón sintióse dominado por igual impetuosidad que en el ejército enemigo animaba al general prusiano Goltz. Los infantes dejaron rápidamente en tierra sus mochilas y los artilleros cambiaron de dirección sus piezas; los tambores batieron carga, un grito de «viva el emperador!» se escapó de todos los pechos, y todas aquellas fuerzas remontaron á la carrera la colina de Saint-Julien que por la mañana habían bajado.

En el entretanto, el general de Goltz con su brigada habíase arrojado sobre Colombey, ocupando, tras un corto y reñido combate, todas las alquerías de la aldea, el castillo y el parque, y apoderándose hasta de una casita que se denominaba *la Planchette*; pero cuando, al llegar al borde del barranco, quisieron dirigirse á pecho descubierto á la meseta, fueron destrozados por los fuegos del 3.º cuerpo y se vieron en la necesidad de buscar más hacia atrás un abrigo.

Eran las cinco de la tarde y acababa de llegar Bazaine. El momento era decisivo para las operaciones futuras y aun para el mismo ejército: podían los franceses retirarse conteniendo al enemigo, y sin perder una hora, puesto que de horas dependía la salvación, utilizar la tarde y la noche para terminar el paso del Mosela; podían también, aunque el día estaba muy avanzado, aprovecharse de la temeridad del general Goltz, y por una de esas repentinas resoluciones, frecuentes en los verdaderos hombres de guerra, caer sobre él con todo el 3.º cuerpo, llamar al 4.º cuerpo y á la guardia, y valiéndose de su superioridad numérica, infligir á Steinmetz una derrota que hiciera circunspecto al propio príncipe Federico Carlos. Bazaine tuvo al pronto el instinto de la inoportunidad del combate, y al ver que el general de Montaudón, uno de los generales de división del 3.º cuerpo, se preparaba á la lucha, le ordenó que no interrumpiera la marcha hacia Metz, añadiendo: «No hay que preocuparse por un tiroteo sin objeto (2).» Asimismo manifestó al general de Castagny cierto descontento porque se malgastaban inútilmente tantas municiones (3). «Había dado orden de que hoy no se aceptara ningún combate; no quiero que se avance ni un solo pie,» decía, montado en cólera, á los que le rodeaban (4). Muy pronto, sin embargo, mudó de parecer, pero, indeciso como todas las medianías, no lo mudó más que á medias, limitándose á ordenar al general Decaen, que le había sucedido en el mando del 3.º cuerpo, que rechazara vigorosamente el ataque. El mariscal aceptaría, pues, la batalla, pero sin salir de sus posiciones, sin empeñar á fondo el combate, lo cual era el partido peor que podía adoptarse, porque aquel plan era bastante para retardar y, por ende, comprometer la retirada, y demasiado poco para cosechar los frutos de una victoria que acaso se nos ofrecía.

La batalla, por consiguiente, se generalizó; pero fué una batalla puramente defensiva y sin objetivo bien determinado, aunque muy sangrienta; y, ¡cosa singular!, se desarrollaba en esa hora tardía en que generalmente

(2) General de Montaudón, *Souvenirs*, tomo II, pág. 92.

(3) *Procès Bazaine*, declaración del general Castagny (audiencia del 27 de octubre de 1873).

(4) Nota del general Zurlinden, 2 de febrero de 1901 (*Revue d'histoire*, mayo de 1903, pág. 1164).

(1) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del gran Estado mayor prusiano, tomo I, págs. 448-449.

está ya decidida la suerte de las armas. La acción se sostuvo principalmente en dos puntos: por el lado de Colombey y en los bordes de la meseta de Borny, en donde lucharon los soldados del 3.º cuerpo, y en Mey, en donde combatieron las tropas de Ladmirault.

El general Goltz, á quien los nuestros tenían en jaque delante de Colombey, esperaba impacientemente socorros, ya que en el momento de emprender el ataque, había solicitado la ayuda del I.º cuerpo y además había dado aviso á su jefe directo, el general Zastrow, comandante del VII.º El I.º cuerpo estaba sobre las armas, dispuesto á dirigirse allí donde la batalla exigiera su presencia. Primero llegaron las baterías y después la infantería intentó escalar las vertientes del barranco, delante de Montoy y situarse entre el camino de Sarrelouis y de Sarrebruck; pero los prusianos, aunque apoyados por grandes masas de artillería, ganaron muy poco terreno, logrando, en cambio, causarnos pérdidas terribles. Entonces cayó mortalmente herido el general Decaen, y el mismo Bazaine, que, con su valor habitual, se había mezclado con los soldados, recibió una ligera contusión. En el entretanto, nuestros efectivos habían aumentado considerablemente, pues el 3.º cuerpo había tenido tiempo de desplegarse, y quizás una vigorosa iniciativa en aquel momento habría podido rechazar á todo el I.º ejército; pero, cuando era necesaria la audacia, los franceses se contentaron con no retroceder. Zastrow, aunque sorprendido de la temeridad de su lugarteniente, no había vacilado en socorrerle: una brigada acudía apresuradamente al lugar de la acción y otra iba á sostener el ala izquierda alemana, y nuestros adversarios, reforzados con estas tropas, intentaron de nuevo la ocupación de la meseta. El punto culminante estaba señalado por algunas pequeñas construcciones designadas con el nombre de Bellecroix, casi en la conjunción de las carreteras de Sarrebruck y de Sarrelouis, y hacia aquel punto concentraron todos sus esfuerzos nuestros adversarios. Entre Colombey y Bellecroix corría un camino hondo orlado por una doble hilera de álamos y de cipreses, y el enemigo, protegido por estos precarios abrigos, únicos que se encontraban al acercarse á la cumbre, intentó avanzar. Durante una hora se combatió disputando palmo á palmo cada terraplén, cada grupo de árboles, cada matorral: aquel camino, cubierto enteramente de tumbas, se llama todavía *la alameda de los Muertos*. Los alemanes consiguieron llegar hasta el extremo del camino; pero, una vez en la calzada de Sarrebruck, no pudieron pasar adelante, quedando en poder nuestro las verdaderas posiciones que eran el objetivo de la lucha, á saber, Bellecroix, la meseta y la aldea de Borny.

En estas condiciones se desarrollaba la acción por el lado de Borny. En el otro extremo de nuestra línea, la división Grenier, que se había quedado atrás, había permanecido, como hemos dicho, en sus posiciones, mientras el resto del 4.º cuerpo descendía hacia el Mosela, y al oír los primeros tiros había empuñado las armas. Ocupaba en las colinas la aldea de Mey y un pequeño bosque situado al Nordeste, y se extendía hasta una capilla llamada la Salette. El I.º cuerpo prusiano, al mismo tiempo que enviaba una de sus vanguardias en socorro de Goltz, había dirigido la otra sobre Noui-

lly, es decir, hacia el lado de Mey. Los tiradores enemigos, utilizando los abrigos de los barrancos, consiguieron de pronto encaramarse á las alturas, pero luego, abrasados por el fuego de los chassepots, descendieron á toda prisa las vertientes. Reforzados con algunas tropas y apoyados por una potente artillería, no tardaron en reanudar su tentativa, y el combate se prolongó hasta las siete en las inmediaciones del bosque de Mey, sostenido con encarnizamiento por ambas partes. Al fin el bosque cayó en poder de los prusianos, quienes llegaron á aproximarse á la aldea, aunque sin entrar en ella, pero los soldados de Grenier, conducidos algo en desorden hasta el camino de Mey á la Salette, no tardaron en reponerse. La división Cissey, cuya 2.ª brigada había en parte intervenido en el combate, se presentó en el lugar de la acción, al mismo tiempo que la división Lorencez avanzaba hacia el Nordeste amenazando la derecha enemiga. Estos oportunos refuerzos restablecieron la igualdad, y después de algunos combates confusos, que la creciente oscuridad hacía más confusos todavía, fué reconquistado el bosque de Mey.

Ni siquiera con la noche cesó el combate, pues aun en medio de las tinieblas los dos contendientes se tirotearon, no extinguiéndose el fuego sino gradualmente. La lucha que acababa de terminar, aunque sostenida algo al azar y sin dirección de conjunto, había costado más sangre que muchas batallas decisivas: nuestras pérdidas eran 3.600 muertos, heridos ó desaparecidos (1); las del enemigo alcanzaban la cifra de cerca de 5.000 hombres (2). Con las últimas detonaciones se mezclaron los acordes de las músicas prusianas que tocaban himnos de victoria; también los nuestros mostrábase regocijados y se atribuían el triunfo, pues decían que habían conservado intactas sus posiciones principales; y, en efecto, los franceses no abandonaron la meseta hasta mucho después, por su propia voluntad y para proseguir un movimiento retrógrado acordado mucho antes de la batalla. Pero aquella lucha, aun gloriosamente sostenida, aun victoriosa, si es que significa una victoria el quedar dueño del terreno, había retardado un día la marcha de la cual dependía nuestra salvación: los prusianos, atentos á adelantársenos, ganaban para sus operaciones las horas que nosotros perdíamos; y era menester que la fortuna se mostrara muy encarnizada en perdersnos cuando volvía contra nosotros hasta nuestros raros y frágiles éxitos.

VIII

Apenas terminada la batalla, ordenó Bazaine al comandante del 4.º cuerpo que reanudara la marcha interrumpida y descendiera de las alturas (3); pero sea por la oscuridad ó por otra causa cualquiera, el mensaje no llegó á su destino y la voluntad del general no fué conocida sino tardíamente (4). Ladmirault, sin esperar que pasara la noche, púsose de nuevo en camino, y á las primeras horas del día siguiente atravesó el río

(1) *Revue d'histoire*, junio de 1903, pág. 1361.

(2) *La guerre franco-allemande*, tomo I, pág. 489.

(3) Bazaine, *Episodes de la guerre de 1870*, pág. 71.

(4) Coronel Rousset, *Histoire du 4.º corps*, pág. 91. — *Souvenirs inédits du colonel de la Tour-du-Pin*.

